

## LIBROS EN LOS OJOS.

A cincuenta años de un juicio polémico.

Hannah Arendt, *Eichmann in Jerusalem. A report on the Banality of Evil*, Introduction by Amos Elon, Penguin Books U.S.A., New York 2006, XXIV+312 pp. (Edición original: Viking Press 1963. Edición revisada y aumentada: Viking Compass 1965.)

En uno de esos momentos de espera en los aeropuertos que son ideales para leer, me encontré en una esquina del periódico *El Informador* de Guadalajara del 30 de enero de 2013 una nota tomada del diario *El País* de Madrid en la que se hablaba de la producción de una película llamada “Hanna Arendt” en la que se tocaba el tema de los reportajes firmados por ella en la revista *The New Yorker* con el seguimiento paso a paso del juicio de Adolf Eichmann en Jerusalén enmarcado en una prolija investigación sobre la historia de los procedimientos nazis sobre todo en relación con el caso judío.<sup>1</sup>

Esa nota me llevó a la memoria de hace cincuenta años o un poco más, a lo que fue tal vez mi primer contacto con un hecho que afectaba la política y el derecho internacionales. En la revista *Jueves de Excelsior*, cuya lectura hacía mi padre pausadamente a lo largo de toda la semana, encontré un artículo sobre Eichmann y el juicio que se le llevaba en Jerusalén. No entendí mucho de lo que leí y le pedí a mi papá que me aclarara lo que pasaba. Me dijo: “—Es un juicio mal llevado. Primeramente, a él lo secuestraron y, además, lo juzga un tribunal de un Estado que no existía cuando cometió los delitos. Se trata de una venganza.”

No me volví a acordar del tema hasta que en 1999 visité el Museo del Holocausto en Yad Vashem cerca de Jerusalén.

Ahora, en 2013, decidí conseguir el libro de Arendt y leerlo.

-----

Me encontré con un texto denso, poco amable para un lector posmoderno, sembrado de reflexiones humanísticas y destellos de análisis sobre el poder en las sociedades totalitarias basadas en la propaganda y la manipulación de las masas, como en todas sus obras. La huella de su vocación filosófica se encuentra claramente impresa y por ello la

---

<sup>1</sup> Sobre la película, que aún no se ha exhibido en México, *The New Yorker* (10 y 17 de junio de 2013) presenta una reseña según la cual, “el metraje correspondiente al juicio mismo lo trivializa y disminuye el valor de toda la película.” *The New York Times* tiene un artículo más completo: Fred Kaplan, *The Woman who saw Banality in Evil*, 24 de mayo de 2013.

profundidad de sus juicios y a veces la sutileza de las distinciones y los matices no pertenecen a un escrito político y menos al reportaje superficial o de relieve de emociones populistas.<sup>2</sup> Me parece que la mención excesiva del subtítulo “la banalidad del mal” desvía de los tortuosos caminos por los que transita la autora y despersonaliza hacia terrenos neutros la responsabilidad que en ningún momento abandona a la condición humana en el mundo.

Arendt estuvo presente en todas las etapas del juicio del oficial nazi, escuchó las acusaciones del fiscal y a los testigos presentados por éste y, desde luego, las palabras mismas de Eichmann, que reiteraron hasta la saciedad su condición de subordinado y de lejanía de la perpetración física de los horrores de las deportaciones, los campos de concentración y el exterminio programado de la “solución final.” Tomó nota de la debilidad de la defensa, de la falta de recursos de ésta y, sobre todo, de testigos. Tomó nota igualmente de la conformación del jurado, difícilmente neutral y del contexto propagandístico de todo el juicio, alentado por las necesidades políticas de David Ben-Gurion y de la importancia de que Israel se situara de manera definitiva en el concierto de las naciones salido de la posguerra. El juicio, que se presentaba con tantas similitudes a los de Nüremberg, trató de superar algunas fallas de éstos y desde el principio se trató de obviar las objeciones presentadas en la opinión pública acerca de la extraterritorialidad y la extratemporalidad, así como de la forma como se llevó al reo al sitio del juicio. No faltaron para este objeto abundantes minucias jurídicas tomadas de autores y escuelas de interpretación.

Con rigor extremo, la autora siguió las rutas de expansión del Tercer Reich y su política de “limpieza étnica” a fin de dejar el territorio para la población estrictamente alemana. Llevó cuenta de las decisiones escalonadas que condujeron a la idea de borrar las huellas judías del continente europeo entre las cuales se consideró la idea entre romántica y absurda del traslado a la isla de Madagascar, que no presentó factibilidad. Y con lujo de detalles investigó las etapas de la expulsión de los judíos del territorio

---

<sup>2</sup> Son básicos para comprender el pensamiento de Hanna Arendt: *The Origins of Totalitarianism*, Harcourt & Brace, New York 1951 (4a edición: Harcourt, Brace, Jovanovich, New York 1973) Traducción al español: *Los orígenes del totalitarismo*, Taurus, Madrid 1974, y: *The Human Condition. A Study of the Central Dilemmas of Modern Man*, 2nd edition, Intr. by Margaret Canovan, Doubleday, N.Y. 1998. Traducción española: *La condición humana*, Paidós, Madrid 2005. Conviene tener a la mano: Dana R. Villa, *Introduction: The Development of Arendt's Political Thought*, Cambridge Companions on Line, Cambridge University Press, Cambridge (U.K.) 2006 y si es posible: Dana R. Villa, *Politics, Philosophy, Terror: Essays on the Thought of Hanna Arendt*, Princeton University Press, 1999. Son de mucho interés los últimos artículos, publicados póstumamente (Hanna murió en 1975): *Reflections. Thinking. I, II, III*, The New Yorker, 21 y 28 de noviembre, 5 de diciembre de 1977.

original del Reich y las deportaciones de Europa occidental (Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca e Italia), de los Balcanes (Yugoslavia, Bulgaria, Grecia y Rumania) y de Europa central (Hungría y Eslovaquia). En esta parte del libro, que ocupa más de cincuenta páginas, dejó plasmadas tanto las diferencias locales en cuanto al antisemitismo y la actitud de las autoridades territoriales como la parte de colaboración que le correspondió a las propias organizaciones judías y a sus dirigentes. De igual manera hizo un sutil análisis del cambio de significado de los conceptos, tarea de falsificación semántica realizada por la maquinaria de propaganda nazi. En ningún momento se usó la palabra “muerte” y menos aún “asesinato”, sino se acudió a vocablos relacionados sobre todo con la medicina, la terapéutica y la higiene. Estas partes en concreto, a pesar de su sustento bien documentado, fue objeto de acusaciones y polémica a raíz de la publicación de los artículos y el libro, pues, según algunos, reducía la culpabilidad de los mismos nazis y hacía a Hanna, judía ella misma, detractora de su pueblo.<sup>3</sup>

Los atisbos a la personalidad de Eichmann conducen no a un hombre enfermo o a un monstruo de la naturaleza, sino más bien a alguien inmerso en la mediocridad y en la monotonía de vida, de una patética “normalidad”: “[...] Media docena de psiquiatras lo consideraron ‘normal.’—‘Más normal que yo después de haberlo examinado’, se dice que uno exclamó y otro encontró en todo su perfil psicológico: su actitud ante su esposa e hijos, su madre y su padre, hermanos, hermanas y amigos, ‘no sólo normal sino deseable’”<sup>4</sup> En el engranaje del poderío nazi no representaba un elemento del que no se pudiese prescindir. Sin embargo, su frialdad y eficiencia burocrática, su seguimiento servil de las ideas de Himmler y algunos líderes más y el conocimiento que adquirió sobre los grupos marginales que habitaban el territorio alemán, lo situaron dentro de la S.S. como experto en la cuestión judía y adquirió importancia tal vez no buscada. En el juicio respondía con frases hechas (“clichés”), lo que hacía difícil captar la profundidad de sus acciones y de su culpabilidad: “[...] A pesar de los esfuerzos de la fiscalía, todo

<sup>3</sup> Resumió Amos Elon: “A nationwide campaign was launched in the United States to discredit her in the academic world...A group of lecturers—some flown from Israel and England-- toured the country decrying Arendt as a ‘self-hating Jew,’ the ‘Rosa Luxemburg of Nothingness.’ Four separate Jewish organizations hired scholars to go through her text, line by line, in order to discredit it and to find that mistakes though must of them turned to be minor...A review of the book in the *Intermountain Jewish News* was headlined: ‘Self-hating Jewess writes pro-Eichmann book...In France, the weekly *Nouvel Observateur* published selected excerpts of the book and asked: ‘Est-elle Nazie?’” *Introduction, Eichmann...*, p. XX.

<sup>4</sup> Pp. 25s. (Texto original en inglés. Traducción mía).

mundo pudo ver que este hombre no era un ‘monstruo’ pero también resultaba muy difícil creer que era un payaso.”<sup>5</sup>

Entre el 24 de abril y el 12 de junio de 1961 se realizaron 121 sesiones dedicadas a la presentación de testigos en contra de Eichmann: “[...] 62...se dedicaron a oír a cien testigos que, país tras país, presentaron sus relatos del horror.”<sup>6</sup> Hanna Arendt criticó que algunos de ellos eran autores de libros o habían colaborado con escritores, por lo que no era fácil que distinguieran lo que pertenecía a su memoria y lo que se había transformado en literatura. También: “[...] Ocho testigos de Alemania...no eran ‘sobrevivientes’, habían sido funcionarios judíos de alto rango y ahora eran prominentes en la vida pública israelí, pero habían salido de Alemania antes que estallara la guerra.”<sup>7</sup>

A la autora, como a los que vivieron esa etapa de consolidación del estado de Israel con Ben Gurion en el vértice y a quienes estuvieron pendientes en su hora del juicio que nos ocupa, no le quedaban dudas sobre el final de las sesiones: la condena a muerte y la posterior ejecución del oficial del Tercer Reich de las gafas de aro ancho y rostro sin visibles emociones encerrado en una cámara de cristal. Tampoco que los relatos de los horrores reales del régimen de Hitler y sus intenciones asesinas hacia el pueblo judío tendrían un efecto catártico sólo en el caso de la sentencia de muerte: las alusiones al sufrimiento tremendo, a las injusticias, a la reducción de la persona a una humillación sin comparación acumulaban “pruebas” que, aunque no pudieran dirigirse a Eichmann, se dirigían a ese régimen totalitario históricamente presente. Ciertos conatos de preguntar, por ejemplo, acerca de la casi inexistencia de una resistencia judía, de la ausencia de solidaridad de las potencias aliadas conforme avanzaba el Holocausto, no prosperaron. Arendt reflexionó, como experta en el conocimiento de la mentalidad totalitaria (y tal vez aquí está el núcleo de “la banalidad del mal” a la que hizo referencia): “[...] Entre los refinamientos de los gobiernos totalitarios en nuestro siglo se encuentra el no permitirle a sus opositores morir con una grande y dramática muerte como mártir de sus convicciones. Muchos de nosotros habríamos aceptado esa muerte. El Estado totalitario desaparece a sus oponentes en silenciosa anonimidad. Cualquiera que hubiera aceptado sufrir la muerte más que tolerar en silencio el crimen, habría

---

<sup>5</sup> P. 54. (En inglés. Traducción mía).

<sup>6</sup> P. 223.

<sup>7</sup> P. 224.

sacrificado su vida en vano. Esto no quiere decir que ese sacrificio fuera moralmente sin sentido. Solamente sería prácticamente inútil.”<sup>8</sup>

Pasado el juicio, la filósofa sacó algunas conclusiones: “[...] El fracaso de la corte de Jerusalén consistió en que no pudo superar tres problemas fundamentales que son suficientemente conocidos y ampliamente discutidos desde que se estableció el tribunal de Nüremberg: el problema de la justicia impar en la corte de los vencedores; una definición válida de ‘crimen contra la humanidad’ y el reconocimiento claro de la índole “nueva” del criminal que comete ese crimen.”<sup>9</sup>

Y sobre el carácter mismo de su escrito expuso: “[...] Este libro no tiene qué ver con la historia del desastre más grande que ha sufrido el pueblo judío ni es tampoco un balance del totalitarismo o una historia del pueblo alemán durante el tiempo del Tercer Reich ni es tampoco, por último, un tratado teórico sobre la naturaleza del mal. El enfoque de todo juicio es sobre la persona del defendido, un hombre de carne y hueso con su historia individual, la cual siempre es un conjunto único de cualidades, peculiaridades, esquemas de pensamiento y circunstancias.”<sup>10</sup>

A la distancia temporal de medio siglo, más de una lección podemos obtener de la lectura de estas páginas. La moralidad y la justicia, la razón y la fuerza, así como los intentos totalitarios tal vez más sutiles acechan al ciudadano de a pie en todo el mundo. Las palabras escritas, con su vigor y su infaltable dosis de riesgo, con su exposición a la crítica y a la prueba de solidez que trae consigo el paso del tiempo, siguen siendo el mejor instrumento de comunicación humano: el encierro y la libertad que concede al hombre el maravilloso invento del alfabeto. La última línea que escribió Hanna Arendt guarda más que una profecía, una paradoja, aplicable sin duda a *Eichmann in Jerusalem*: “Some books are undeservedly forgotten; none are undeservedly remembered.”<sup>11</sup>

Manuel Olimón Nolasco.

27 de junio de 2013.

---

<sup>8</sup> P. 232.

<sup>9</sup> P. 274.

<sup>10</sup> P. 285.

<sup>11</sup> *Thinking, III*, The New Yorker, December 5, 1977, p. 216.